

MONOGRAFÍA DE POLÍTICA

POLITIC MONOGRAPH

Sociedad del futuro

Society of the future

DEMANDADO 1-9-2021 REVISADO 6-9-2021

ACEPTADO 7-9-2021

Noam Chomsky

*Profesor emérito
del Massachusetts Institute of
Technology,
Estados Unidos*

*Palabras claves:
Sociedad, globalización,
futuro,
política*

*Key Words:
Society, globali-
zation, future,
politics*

RESUMEN Casi todos los términos empleados sobre la globalización en el discurso político tienen dos significados. Uno es su sentido técnico o literal, y el otro el propagandístico.

Comenzando por el sentido literal, globalización quiere decir, simplemente, integración internacional, lo que incluye su aspecto más debatido, que es el de la integración económica. En este sentido, la globalización avanzó muy deprisa a finales del siglo XIX y condujo a una integración económica que no se diferencia mucho de la actual. La globalización se estancó e, incluso, retrocedió entre las dos guerras mundiales. Volvió a recuperar su ritmo tras la segunda y redujo de nuevo su marcha a mediados de la década de los setenta, hasta el momento actual.

ABSTRACT Almost every term used about globalization in the political speech has two meanings. One is its technical or literal sense, and the other one is propagandistic.

Starting from the literal meaning, globalization means, simply, international integration, which includes its most debated aspect that is the economic integration. This way, globalization advanced fastly at the end of the 19th century and led to an

economic integration that didn't differ much from the actual one. Globalization stalled, and even backed off between the two world wars. It got its groove back after the Second World War and downshifted in the mid-seventies decade until the actual time.

Globalización

Hay múltiples diferencias entre aquella globalización de finales del siglo XIX y la de ahora. Antes de la primera guerra mundial era mayor en aspectos como, por ejemplo, el de la libertad de movimiento de las personas. En cambio, el movimiento acelerado del capital es hoy muy superior al de ese mismo período, lo cual nos dice algunas cosas acerca de la época moderna.

Su interés es el capital -ante todo, el capital financiero-; las personas son secundarias. El sentido técnico de la globalización es el de una forma concreta de integración internacional impuesta durante los últimos veinticinco años, más o menos, por las grandes potencias, principalmente por Estados Unidos, y sus instituciones, el Banco Mundial y el FMI. Se trata de una forma específica de integración en la que el capital y los inversores -sobre todo, como digo, el capital financiero- ocupan un lugar privilegiado, mientras que la gente tiene una importancia accesoria. Esta situación nos ha llevado a una considerable ralentización del crecimiento mundial, a un altísimo nivel de desigualdad y a una reducción de la productividad.

De hecho, casi todas las cifras macroeconómicas de los últimos veinticinco años son peores que las de los veinticinco anteriores y nos han conducido a una tremenda falta de igualdad. Por ejemplo, por hablar sólo del caso de Estados Unidos, el país más rico del mundo, aproximadamente tres cuartas partes de sus habitantes se encuentran en la misma situación en que se hallaban hace veinticinco años. Para esa mayoría, los salarios reales no han aumentado, mientras que, por otro lado, hay un sector mínimo de la población, una parte muy pequeña, que se ha enriquecido enormemente. Esa situación es característica en todo el mundo y, además, se espera que persista.

Según un análisis realizado por la comunidad intelectual y especialistas universitarios de Estados Unidos sobre lo que se espera para los próximos quince años, veremos que se proponen un gran número de hipótesis, pero según la más optimista, la globalización, lo que ellos designan con ese término -y esto que voy a decir ahora

es prácticamente una cita-, “seguirá su rumbo y conducirá a una desigualdad mayor ya un aumento de la volatilidad financiera” .

Todos sabemos que la volatilidad financiera reduce el crecimiento; lo que se espera, por tanto, es un crecimiento aún más lento y mucha más desigualdad, y se trata de la hipótesis más optimista. Es el otro aspecto de la globalización.

Menos crecimiento económico y más desigualdad social

Todo el mundo está a favor de la globalización en su significado literal. A mí, por ejemplo, me parece bien que se pueda comunicarse dos personas desde dos países de estadía distinta. Eso es globalización, una globalización humana. Todos son partidarios, por tanto, de una mayor integración internacional. La cuestión es qué forma asumirá esa integración. ¿Tomará la forma vinculada con los derechos de los inversores, los prestamistas, las instituciones financieras, el pequeño sector de los adinerados, o tendrá como objetivo el provecho de la población? Ésa es la cuestión.

Y no hay duda de que podemos dirigir su rumbo. La llamada globalización, la versión referida a los derechos del inversor, ha provocado enormes protestas en los últimos veinte años, sobre todo en el sur, como en Brasil e India; y esa localización geográfica de los conflictos es la razón de que no se tengan en cuenta. En los últimos años, sin embargo, las protestas han llegado más al norte, por ejemplo a Seattle, así que ya no podemos seguir desentendiéndonos de ellas. Son lo que se ha llamado movimientos antiglobalización, pero eso es mera propaganda: la gente que protesta no se opone a la globalización; sencillamente, le desagrada la forma que ha asumido, que, por supuesto, se puede cambiar, puesto que no es una ley de la naturaleza.

En mi opinión, los primeros veinticinco años posteriores a la segunda guerra mundial, por ejemplo, fueron muy distintos. Se basaron en el marco de los acuerdos de Bretton Woods, fijados por Estados Unidos y Gran Bretaña y que imponían ciertos controles al capital, lo cual permitía a los Estados impedir movimientos de capitales. Los acuerdos de Bretton Woods implicaban una regulación del cambio para reducir la especulación. Un objetivo muy explícito era permitir la adopción de medidas sociales democráticas, las disposiciones del llamado “estado de bienestar” , que requerían esa clase de acuerdos. El desmantelamiento de ese sistema es

reciente y ha sido impuesto por los estados más poderosos. Sin embargo, esa alternativa sigue siendo posible.

30

Política militar dentro de la globalización

Los planes militares de Estados Unidos se basan en la predicción de los servicios secretos norteamericanos de que esa globalización provocará una mayor desigualdad y una ralentización del crecimiento. Una de las principales iniciativas actuales es la de militarizar el espacio, colocar en él armas ofensivas. Uno de los argumentos para obrar así dice explícitamente que la brecha entre “afortunados” y “desheredados” va a ir en aumento, que la desigualdad va a crecer y que la mayoría de la gente, los “desafortunados”, va a sufrir, y eso va a provocar trastornos y agitaciones. Hay que disponer, por tanto, de mejores medios para controlarlos por la fuerza, así que debemos pasar a la guerra espacial. Y creo que esas predicciones son altamente probables.

Mundo globalizado ¿será gobernado por algún nuevo tipo de superclase tecnocrática que ejercerá su poder sobre una sociedad uniformemente configurada?

Eso depende de nosotros. No hay duda de que es lo que ellos quieren. En realidad, se definen a sí mismos casi sin ninguna ironía como dueños del universo. Ésta es una expresión suya, tomada del *Financial Times* de Londres. Son, los dirigentes del G7, los países ricos -sobre todo Estados Unidos-, el sector empresarial, estrechamente relacionado con el estado, una pequeña parte del grupo de los profesionales y tecnócratas y, también, algunos elementos correspondientes del sur, del tercer mundo. Piense en un país cualquiera de los más pobres, un país de África central; en él encontrará gente enormemente rica vinculada al capital internacional. Son sus agentes locales, los que quieren gobernar el mundo; y, naturalmente, desean gobernarlo en función de sus propios intereses. Creo que esto no debería sorprender a nadie. No es ninguna novedad; lo novedoso son las modalidades y las técnicas. Y tampoco es nuevo que la gran mayoría de la población se oponga y proteste: en el pasado ha habido protestas parecidas.

Actualmente no vivimos en una sociedad esclavista ni fascista, sino que disfrutamos de un gran número de derechos inexistentes hasta no hace mucho tiempo. Pero nadie los donó: surgieron de la lucha popular contra los poderosos; a eso se reduce la historia, y así va a seguir siendo.

La democracia en la globalización

El término “democracia” tiene dos significados. Hay uno literal, según el cual una sociedad es democrática en la medida en que la población tiene una posibilidad significativa de participar en la toma de decisiones sobre asuntos importantes que la afectan. Se trata de un componente de la democracia, uno de sus múltiples aspectos, y presupone una igualdad relativa. De hecho, se ha entendido así desde Aristóteles. Parece trivial, pero sin ello, no existe la posibilidad mencionada.

Hay, luego, un significado técnico, el sentido que tiene en la actualidad. Pensemos en la ideología de Estados Unidos, aunque se puede aplicar lo mismo en todas partes: se supone que una democracia es gobernada por una reducidísima clase de personas a quienes se conoce con el término de “responsables” [póliticos]¹, por ejemplo. Esas personas deben actuar en condiciones de aislamiento, lo que el Banco Mundial denomina aislamiento tecnocrático; tienen que ser protegidas de la población. Por consiguiente, la población ha de ser espectadora y no participante. Para evitar que “moleste”, habrá que distraerla dirigiéndola hacia alguna actividad distinta, como el consumismo o cualquier otra [redes sociales, etc.]. Los gobernantes, en cambio -las elites empresariales, los sectores estatales, los organismos internacionales establecidos por ellos, como, por ejemplo, las instituciones financieras u otras, y los profesionales a su servicio, pero no la población-, han de ser quienes tengan el auténtico poder. La gente es, según ellos, un rebaño desconcertado al que se supone que hay que mantener al margen. De vez en cuando, se le permite participar en la designación de tal o cual de los grupos de elite: son las llamadas “elecciones”.

Ahora bien, los intelectuales se toman todo eso muy en serio, mientras que la gente lo ve como una broma. Pensemos, simplemente, en la elección de George W. Bush para la presidencia de Estados Unidos en 2001. Hay un gran debate entre los intelectuales, que hablan de elecciones fraudulentas y dicen: “Es algo terrible, ¿verdad?”. Pero la población ni se preocupa. Los sondeos de opinión siguen mostrando que a nadie le importa que fuera un fraude electoral, y tienen sus motivos. Las actitudes populares son objeto de estudios atentos, sobre todo por parte del mundo em-

¹ Entrecorchetes del texto indicados por la Editorial.

presarial, y justo antes de las elecciones, alrededor del 75% de la población no pensaba, en absoluto, en su celebración. Lo consideraban un juego de la gente rica, los gerifaltes de los partidos y la industria de las relaciones públicas, que entrena a los candidatos para que digan algo que pueda valerles algunos votos. La mayoría de la gente no le prestó mucha atención, y decía: “Ni nos va ni nos viene”, que es lo que suele ocurrir. La tarea de los intelectuales consiste en aparentar que las cosas son de otro modo; pero ése es el funcionamiento de la democracia, aunque, una vez más, no tenemos por qué aceptarlo. De hecho, la población ha conseguido imponer en muchos sentidos cambios importantes, y ésa es la razón de que se realicen avances.

Diferencia entre democracia y política totalitaria

Hay una diferencia: disfrutamos de un cúmulo de derechos inexistentes en los estados totalitarios, y no los hemos obtenido como un regalo, sino gracias a años de dura lucha popular. Ésa es la razón de que los poseamos, y hay que defenderlos y ampliarlos.

Por otra parte, nuestras instituciones son, en efecto, totalitarias. Pensemos en las empresas: la empresa es la institución más parecida a un totalitarismo que haya podido idear el ser humano. El poder se halla en la cúspide, en el consejo de administración y los propietarios, incluidos los bancos y otros organismos [empresariales, políticos y eclesiásticos]. Las órdenes fluyen hacia abajo. Si uno se encuentra en un determinado nivel, si es, por ejemplo, un ejecutivo subalterno, recibirá órdenes de arriba y las transmitirá hacia abajo. En la base, casi todas las personas están contratadas por la institución. Es lo que denominamos con la palabra “trabajo”. La gente ajena a la empresa tiene el derecho a comprar sus productos o a hacer caso omiso de ella, pero todo se reduce a eso. Esas instituciones son internamente totalitarias y no han de rendir cuentas al público. Además, si nos fijamos en su raigambre, veremos que provienen de las mismas raíces que el fascismo y el bolchevismo. Representan una de las formas del totalitarismo del siglo XX, muy extendida actualmente: el mundo económico se halla dominado por enormes megaempresas; no se parece ni remotamente a una economía de libre mercado. Son oligopolios, concentraciones empresariales que han establecido todo tipo de alianzas mutuas, se hallan estrechamente vinculadas al poder del estado y forman parte del sistema dominante [del capital]. Se trata de una forma de

totalitarismo que no deberíamos aceptar, como no aceptamos el bolchevismo o el fascismo.

Período postguerra fría

33

¿Seguirá marcando Estados Unidos el paso de todo el planeta e imponiendo sus reglas al resto del mundo? Depende de lo que decidan el resto del mundo y los habitantes de Estados Unidos. Creo, francamente, que el final de la guerra fría no tuvo un efecto de tal magnitud, y, de hecho, eso es algo generalmente admitido. Las dos antiguas superpotencias utilizaron la guerra fría como un pretexto para llevar a cabo sus deseos en sus propios dominios. Así, cuando los rusos mandaron los tanques a Hungría fue para defenderse de los norteamericanos; y cuando Estados Unidos invadió Vietnam, lo hizo para defenderse de los rusos. El sentido fue prácticamente idéntico en ambos casos. Se trataba de pretextos. Ahora, concluida la guerra fría, los pretextos han desaparecido, pero la realidad se mantiene, y los criterios no han cambiado gran cosa.

Los cambios se han producido sobre todo en la retórica y la táctica, pero es verdad que Estados Unidos ocupa una posición dominante. Tomemos, por ejemplo, su presupuesto militar. Es superior al de los siguientes quince países en conjunto y, además, se está incrementando; ya hemos mencionado que Estados Unidos quiere ampliarlo al control del espacio exterior con fines militares ofensivos.

Desde el punto de vista de la economía, el dominio de Estados Unidos no es tan grande como hace cincuenta años. Hace medio siglo, poseía aproximadamente la mitad de la riqueza mundial. Desde los últimos veinticinco años, esa cifra ronda el 25 %. En este momento hay tres centros económicos principales: Europa, con su base en Alemania; el hemisferio occidental, con su base en Estados Unidos; y Asia, con sus bases en Japón y China. Todos ellos se hallan más o menos, económicamente hablando, a la par; en realidad, si nos fijamos bien, Asia posee más recursos económicos. Nadie sabe en qué acabará esto.

Supremacía militar entre China y Estados Unidos

China con 9,5 millones de km² y una población de 1.250 millones -lo que representa una quinta parte de la población mundial-, China superará a la economía de Estados Unidos durante la década de 2010 a 2020, manteniendo el mismo ritmo de crecimiento de los

últimos diez años. Además, las fuerzas armadas chinas cuentan con más de 3 millones de hombres, lo que las convierte en uno de los ejércitos con más soldados del planeta. Pero no va a haber una sorpresa militar. Creo que ese ejército no es muy importante, aunque sí es verdad que el país tiene más de 1.000 millones de habitantes, y dentro de muy poco, India va a ser incluso mayor. Por tanto, India y China van a tener, aproximadamente, 2.000 millones de habitantes o más. Ambos países sufren un cúmulo de tremendos problemas internos, pero cuentan también con numerosas posibilidades.

Actualmente, la economía de China es sobre todo agraria, y su entrada en el sistema de la Organización Mundial del Comercio, cuando eso ocurra, podría provocar un verdadero desastre en aquel país. Quiero decir que, según una predicción bastante conocida, unos 900 millones de campesinos chinos no van a poder sobrevivir porque tendrán que competir con una agricultura europea y estadounidense altamente subvencionada por sus respectivos estados y muy tecnificada. Su desplazamiento del campo podría constituir una catástrofe increíble. Es lo que ocurrió en México y en muchos otros lugares. Hay, además, un cúmulo de enormes problemas ecológicos. Y lo mismo ocurre en India, donde la problemática es distinta pero también descomunal.

Diferencia económica entre la Unión Europea y Estados Unidos

Con una población de 300 millones de habitantes y una economía desarrollada vemos que la Unión Europea es comparable a Estados Unidos en riqueza y tecnología, su población es mayor y más instruida y disfruta de una igualdad muy superior. No creo que sea un lugar absolutamente maravilloso, pero reúne ciertas características de mercado social inexistentes en Norteamérica. En casi todos los países europeos hay, por ejemplo, algún tipo de seguro sanitario, mientras que en Estados Unidos no existe.

Si Europa fuera capaz de actuar de forma conjunta, podría convertirse en una fuerza considerable. Por desgracia, se está alejando de la democracia en ciertos aspectos, y se está alejando tanto que hasta la derecha de Estados Unidos se siente sorprendida. En la revista *Foreign affairs*, la principal publicación de la clase dirigente, se han escrito, por ejemplo, artículos de condena contra la UE por conceder tanto poder a un banco central que no está obligado a rendir cuentas, lo que constituye un procedimiento sumamente

antidemocrático y genera lo que se denomina un déficit de democracia. Ahora bien, esa decisión constituye un elemento nuclear de la UE y supone un distanciamiento notable de la democracia. Tengo la sensación de que la centralización de poder que se está dando en la UE es una de las razones de la actual regionalización. La revitalización de las culturas y costumbres populares, incluidos los bailes folclóricos y las lenguas, es, como en el caso de Cataluña, un tipo de reacción contra la centralización que está acabando con algunos derechos democráticos.

Cuando se constituyó la UE apareció un cúmulo de problemas, pero sus creadores hicieron algo muy razonable: ofrecieron financiación y desarrollo compensatorios a los países más pobres. Portugal, España, Grecia e Irlanda dispusieron de apoyos cuya finalidad era situarlos en un nivel superior, para que no socavaran los salarios y derechos de los trabajadores del norte de Europa. Fue una decisión atinada que ha obtenido cierto grado de éxito. Eso mismo podría ocurrir con el resto del mundo, pero se trata de una decisión que aún se ha de tomar.

Retos económicos de los movimientos de población

Antes de responderla necesitamos plantear otra cuestión fundamental: ¿creemos, realmente, en los derechos humanos y en algo remotamente parecido a un mercado libre?

Si es así, la inmigración se convierte en una actividad libre, pues las personas tienen derecho a vivir donde quieran. Ahora bien, eso provoca nuevos problemas, que se añaden a los que las poblaciones de Estados Unidos o Europa ya tienen en sus propios países.

Pongamos un ejemplo concreto. Cerca de Estados Unidos existe una “colonia” llamada Puerto Rico. La inmigración de Puerto Rico hacia Estados Unidos es libre. Según su renta per cápita, Puerto Rico es el país más próspero de América Latina, pero eso se debe a que la mitad de su población se halla en Nueva York y Chicago. Puerto Rico es más o menos susceptible de ser manejado, pero sólo porque se trata de un territorio pequeño. Sin embargo, es evidente que, si se generalizara la inmigración libre, muchísimas personas afluirían a los países ricos.

Además, el gran problema de Europa es que su población está disminuyendo. Mientras tanto, el norte de África y el resto del mundo presionan, principalmente a causa del colonialismo im-

puesto durante siglos por Europa. La admisión de España en la UE se debió, en parte, a su condición de barrera frente a la inmigración norteafricana. Se supone que la armada española patrulla en el Mediterráneo para garantizar que esa gente no entre en el viejo continente; y se ha comportado de forma bastante brutal. Son problemas que los países ricos van a tener que afrontar. Si aceptamos el concepto de derechos humanos o de algo remotamente parecido al mercado libre, permitiremos su aparición.

Por otra parte, la solución de este asunto es muy complicada. En mi opinión, la mejor manera de resolverlo es acabar con los motivos que lo sustentan. Es decir, hay que lograr que la gente no desee vivir fuera de su país.

Pongamos el caso de México. Se trata de una nación con un imparable flujo de personas hacia Estados Unidos, sobre todo después del Acuerdo Norteamericano de Libre Comercio (NAFTA). La razón de ese flujo es que dicho acuerdo está acabando con la economía mexicana; por eso huye la gente. Pues bien, no se trata de una consecuencia necesaria. El Acuerdo Norteamericano de Libre Comercio se pudo haber diseñado tal como se construyó Europa, con programas compensatorios de desarrollo para México previos a la integración. Y, de hecho, así se propuso; la propuesta surgió del US Labor Movement, pero nunca se tuvo en cuenta, pues los inversores y el capital de Estados Unidos prefirieron el otro método

Racismo y complejo de superioridad

Probablemente la población de color blanco; y los japoneses se consideran por encima del resto. En realidad, me sorprendería poder encontrar un grupo en que esto no ocurra, pero algunos tienen la posibilidad de poner en práctica su racismo. En eso ha consistido buena parte de la historia europea: en poder hacer realidad el racismo. Es algo que debe superarse desde dentro, y esa superación ha de ser de gran alcance. Hay países como Estados Unidos, por volver al mismo ejemplo, que no son, ni de lejos, tan racistas como lo eran hace cuarenta años. Esta cuestión se ha convertido de nuevo en una lucha popular.

El tipo de guerra que se produzca en un futuro es decisión nuestra, somos los habitantes de esos países poderosos quienes determinaremos lo que va a ocurrir. Ahora mismo, por ejemplo, se está librando una guerra que occidente considera justa de manera casi universal. En realidad, según algunos intelectuales occidentales,

personas liberales de izquierda, se trata de una guerra tan evidentemente justa que sólo los extremistas radicales se podrían oponer a ella.

Pues bien, refiriéndonos a Afganistán, precisamente hace un tiempo [en 2002] se celebró en ese país una reunión para constituir una coalición tras el período talibán. Los miembros de esa coalición son los beneficiarios del apoyo de occidente, principalmente de Estados Unidos y Gran Bretaña. Sin embargo, hay un punto en el que están de acuerdo: en que la guerra es criminal, y que los bombardeos deben cesar. Pero los intelectuales liberales de occidente nos dicen que esa guerra es justa. Nosotros decidimos qué visión debemos aceptar. Podemos preguntarnos si es justo llevar a millones de afganos a unas posibles hambruna y muerte para imponer la credibilidad de occidente.

Terrorismo mundial

El 11 de septiembre de 2001 se oyó hablar de “terrorismo mundial”, pero en esa ocasión no se produjo por primera vez en la historia. Nuestra memoria no debería ser tan corta: en realidad, no es cierto que hayamos oído esa expresión por primera vez. La primera vez que se habló de ello fue en 1981. La administración de Reagan entró en funciones anunciando alto y claro que el centro de la política exterior de Estados Unidos, su foco principal, iba a ser la guerra contra el terrorismo internacional; en particular, contra el terrorismo de estado, que en aquel momento estaba patrocinado, según decían, por los rusos. Ya sabemos cuál fue su respuesta: contestaron creando la mayor red terrorista de la historia humana y cometiendo atrocidades en el mundo entero, que fueron condenadas por el Tribunal Internacional y por el Consejo de Seguridad. Fue la reacción de la primera guerra contra el terrorismo.

Tras el 11 de septiembre de 2001 nos hemos encontrado con una nueva guerra antiterrorista, y la reacción ante ella es responsabilidad de cada uno. Pienso que lo ocurrido fue un terrible acto de terrorismo, pero no fue único en cuanto a su escala. El ataque a Nicaragua, que motivó la condena de Estados Unidos por el Tribunal Internacional y el Consejo de Seguridad, acabó con miles de vidas y prácticamente destruyó el país; y no es, ni con mucho, el peor caso.

Lo singular del 11 de septiembre -y se trata de algo único, de un acontecimiento histórico- es la dirección en que apuntaron las armas. Europa y sus vástagos, como Estados Unidos, han estado haciendo durante siglos esa clase de cosas a otros países, pero nadie se lo había hecho a ellos. El Congo no invadió Bélgica; la India no invadió Inglaterra; ni las Filipinas invadieron Estados Unidos. Es la primera vez que los acontecimientos han ido en otra dirección, y ése es el motivo de que Europa [y Estados Unidos] se sienta tan aterrada. Se supone que es algo que hacemos a los demás, y no algo que los demás nos hacen a nosotros.

El horror de Europa [y Estados Unidos] ante el atentado del 11 de septiembre no se debe a que sus actuales medidas políticas puedan provocar la hambruna, según sus propios supuestos, de cientos de miles o quizá de millones de afganos inocentes, que no son talibanes sino víctimas suyas. El hecho de que quizá los condenemos a morir de hambre no constituye un problema. En realidad, ésa es nuestra vocación histórica para con el tercer mundo. Pensemos, al fin y al cabo, en Inglaterra, que gobernó esa región en la década de 1920 y utilizó gas venenoso y armamento aéreo para someter a lo que ellos llamaban "tribus incivilizadas", integradas por afganos y kurdos. Digamos de paso que el autor de aquello fue Winston Churchill. Se trata, pues, de nuestra vocación, desde luego, y la gente no le presta la menor atención. Sin embargo, cuando las armas apuntan contra nosotros, la cosa se convierte en un enorme problema.

Se debería reconocer que el principal terrorismo proviene de los estados más poderosos. Eso es lo que representa la principal amenaza para el mundo: la militarización del espacio por parte de Estados Unidos constituye, por ejemplo, una amenaza mucho mayor que cualquier acto de unos terroristas de pequeño fuste. Sin embargo, el tipo de terrorismo sobre el que se nos permite hablar, principalmente el dirigido contra nosotros, los países ricos, pertenece a otra categoría.

Los atentados con bomba no están, en absoluto, obsoletos. No se necesitaría mucho talento para desencadenar una explosión nuclear en Nueva York, y lo cierto es que existen decenas de miles de armas nucleares rusas cuyo paradero se desconoce. Una bomba de plutonio pesa unos quince kilogramos y se puede introducir de contrabando en una maleta, a través de cualquier punto de la frontera canadiense. Eso es algo que, en efecto, puede ocurrir.

También podrían producirse casos de bioterrorismo, que aunque es más difícil, no es imposible. Por tanto, el tipo de terror que tiene por objetivo a los países ricos puede adoptar muchas formas. Pero lo que puede ser terrible es el terrorismo dirigido contra los pobres, o contra la masa de la población mundial, que incluye también a los ricos. Las medidas para la militarización del espacio son un buen ejemplo. Si nos fijamos en ellas, veremos que constituyen una auténtica amenaza para la supervivencia.

Peligros de la red

Deberíamos recordar una cuestión sobre su trasfondo: la red es una aportación del sector público. Como la mayor parte de la economía moderna, nace en gran medida de un sector público muy dinámico, y hace sólo unos años que se transfirió a las empresas privadas. Internet constituye un avance, aunque, ni de lejos, tan grande como el que se produjo, por ejemplo, hace un siglo. Me refiero a que el paso del barco de vela al teléfono o el telégrafo supuso un cambio cualitativo mucho mayor que el del telégrafo a internet. Es verdad que se trata de algo grande e importante, pero en el pasado hemos experimentado cambios mucho mayores.

Lo que vaya a ser internet depende de lo que decidamos. Puede ponerse al servicio de la información, de la ilustración, de la organización, de la posibilidad de eludir el control de los medios de comunicación, etcétera; pero también se puede convertir en una técnica de supervisión, una técnica de dominio, control y marginalización, de comercio electrónico, consumismo, pornografía y otras formas de distracción. Pero eso es lo mismo que ocurre con cualquier otro medio. Esos inventos técnicos se pueden comparar con un martillo, que podemos emplear para torturar a una persona o para construir una casa; al martillo le da igual, y lo mismo ocurre con internet.

Hablando de internet y los medios de comunicación en general, en un documental de televisión titulado “Fabricando el consenso”, dijo que “la historia es lo que aparece en *The New York Times* (...), es extraordinariamente importante que la historia se configure de manera adecuada, que ciertas cosas aparezcan, y otras no; que ciertas cuestiones se planteen, y otras se ignoren”.

Historia escrita por los medios de información

40

La historia escrita por los medios de información no hay duda de que los medios de comunicación poseen actualmente un poder tremendo: damos forma a nuestra visión del mundo de acuerdo con lo que esos medios nos permiten leer o ver, y a menudo se les considera autores de nuestra memoria colectiva. Cabe preguntarse si ¿la historia que escriben los medios de información es objetiva y exacta, o bien que obedece a algún interés superior? A lo que hay que responder que no es ni mucho menos exacta. En realidad, se trata del producto de una autocensura muy deliberada. Fijémonos, por ejemplo, en la guerra de Afganistán: ¿cuántos norteamericanos cree usted que se dan cuenta de que la política del gobierno de Estados Unidos, después del 11 de septiembre de 2001, ha contado con que podría provocar la muerte por hambre de cientos, miles y quizá millones de afganos? Casi nadie es consciente de ello, ya que, para descubrirlo, hay que realizar una investigación.

Cuando Mary Robinson, alta comisaria de Naciones Unidas para los derechos humanos, suplica a Estados Unidos que detenga el bombardeo para permitir a la gente recibir unos alimentos que necesita desesperadamente y advierte de que, de lo contrario, podría producirse una matanza al estilo de la de Ruanda, se le conceden tres declaraciones públicas en todo Estados Unidos: una en *The New York times*, enterrada en una columna dedicada a otro asunto, y dos en el *San Francisco chronicle*, dispersas en lugares imposibles de encontrar. Cuando el portavoz especial de la ONU para asuntos de alimentación lanzó una advertencia aún más dura, no fue objeto de ninguna mención. Y cuando los organismos de ayuda presentaron la misma demanda, apenas fueron objeto de alguna que otra cita.

Ahora bien, si leemos con atención y nos fijamos en las cifras, podemos hacernos una idea de la realidad, Pero ¿quién dispone de tiempo para ello? Para descubrirlo se necesita una dedicación de estudio. Y eso es algo total y perfectamente deliberado, una manera de garantizar que los intelectuales puedan decir que “se trata de una guerra justa y sólo los lunáticos pueden cuestionarla”. Y mientras tanto, en la misma página, se cita la condena del bombardeo por la Asamblea afgana; una cita oculta, por así decirlo, pero mencionada.

Esto es sólo un ejemplo: tomemos cualquier otro; el de la globalización, sin ir más lejos. Según podemos leer en *The New York times* -escrito por Anthony Lewis, su columnista de izquierdas, dicho sea de paso-, la década de 1990 constituyó el período de máximo auge económico de la historia de Estados Unidos y hasta de toda la historia mundial. Pero si nos fijamos en las estadísticas macroeconómicas, podremos descubrir que el crecimiento económico por cápita de Estados Unidos en la década de 1990 fue muy similar al de Europa, con un ritmo mucho más lento que el del período de “pre-globalización” de 1950 a 1975, y no estuvo ni remotamente a la altura de la época de máximo crecimiento estadounidense, ocurrido durante la segunda guerra mundial, con una economía semies-tatalizada. Y por lo que respecta a la economía mundial, no llega siquiera a acercarse a algo similar. Sin embargo, es lo que quizá creeremos si leemos *The New York times*. El descubrimiento de que ese período fue de uno de los peores de la historia económica de Estados Unidos para el 75 % de la población, aproximadamente, con un crecimiento muy escaso a pesar de que no se produjeron contratiempos graves que lo justificaran, requiere un trabajo de investigación.

Control del pensamiento

Difícilmente puedo haber sido el primero en haber criticado la manipulación tecnocrática dirigida al control del pensamiento de la población, pues se trata de una vocación antigua. Al hablar de “control del pensamiento” me refiero al intento de crear un marco de creencias, ideas y nociones que, o bien mantendrán a la población al margen, o bien harán que apoye al poder. Es la llamada “fabricación del consenso”, expresión que no es mía, sino que la utilizan quienes se hallan comprometidos con ese asunto; en este caso, los intelectuales liberales. Entienden que hay que elaborar ese consenso, que hay que amañarlo, que hay que reglamentar las mentes de las personas, como un ejército reglamenta su cuerpo, Cito a personalidades liberales dirigentes, a Kennedy y Roosevelt, a los fundadores de la industria de las relaciones públicas. En eso consiste el control del pensamiento, y no se trata de nada nuevo.

Podemos eludir o sucumbir al “control del pensamiento”. Pero también podemos socavar las instituciones que lo aplican. En mi opinión, se trata de instituciones centralizadas y autocráticas que, para empezar, no deberían existir. ¿Por qué habría de existir la

industria de las relaciones públicas? Se trata de un enorme negocio dedicado al control del pensamiento y las actitudes. Podemos consultar su propia bibliografía que, afortunadamente, nos dice cuáles son sus fines: trata de reglamentar las mentes de la gente y controlar sus actitudes, de dirigir a las personas hacia los valores superficiales de la vida, como el consumo de moda, para que no molesten a los ricos y poderosos.

Ante la pregunta de si la educación se puede constituir o no en una posible solución al “control del pensamiento”. Cabe responderse que eso depende del tipo de educación de que se trate. Si es una educación liberadora, como la aplicada, por ejemplo, por los anarquistas en España a lo largo de medio siglo y que forma parte del trasfondo de la verdadera revolución anarquista de 1936, entonces sí puede ayudar a la gente. Pero si es una educación conformista, la dañará.

En ese caso, la universidad ideal es la que tiene una “función subversiva”. Tiene que serlo. En las disciplinas serias, es algo que se da por supuesto. Me refiero, por ejemplo, al MIT, donde nos hallamos ahora. Se trata ante todo de una universidad científica; y se supone que es subversiva. En todos los departamentos de ciencias se espera que los estudiantes pongan en cuestión la ortodoxia, que planteen ideas nuevas, que expliquen a los docentes el porqué de sus errores. Ésa es, exactamente, la forma en que progresa la ciencia, y así debería ser también en asuntos más importantes, como la vida humana.

Los resultados del trabajo científico producen, por supuesto, poder y beneficios, aunque también ayudan a la gente; pero desde un punto de vista institucional son sólo cuestiones secundarias. Sin embargo, en otros sectores de la vida universitaria, en aquellos que se interesan por los asuntos humanos, es peligroso ser subversivo, pues la gente podría aprender o entender demasiado o poner en cuestión las ideologías imperantes. Por eso, de la misma manera que no esperamos de la iglesia que nos proporcione una educación liberadora, tampoco lo esperamos de nuestras instituciones educativas.

Derechos colectivos

De los derechos colectivos de vivir en un mundo pacífico y saludable, economía solidaria y el libre acceso al conocimiento y la formación. Deberíamos tener en cuenta que los países ricos y po-

derosos, incluido Estados Unidos, sólo aceptan esos derechos de manera parcial. Estados Unidos rechaza oficialmente algunos pasajes de la “Declaración universal”, a la que da una interpretación relativista. Pero la población siempre ha deseado disfrutar de esos derechos y ha luchado por ellos, y ése es el sentido de, por ejemplo, el movimiento obrero, el feminista o el de los derechos civiles, movimientos que tienen como finalidad la consecución de tales derechos.

Por lo que respecta a los derechos políticos, hay que ser un tanto cauteloso. Los derechos políticos se han conquistado ya, por lo que ahora la mayoría de la población disfruta, por fin, del derecho al sufragio. Por otro lado, los derechos políticos han sufrido una considerable merma, ya que se han visto limitados por la reducción del ámbito de decisión pública. En eso consiste, en realidad, el neoliberalismo. Pensemos, por ejemplo, en el momento actual: en Ginebra se están celebrando negociaciones secretas, como siempre, sobre lo que llaman comercio de servicios. La palabra “servicios” implica casi todo lo perteneciente al ámbito público: educación, salud, agua, energía... Comercio de servicios significa traspasar todo eso a las empresas privadas, es decir, excluirlo del ámbito de la decisión democrática y ponerlo en manos de tiranías que no son responsables ante nadie. Y las negociaciones al respecto se están llevando a cabo en secreto porque la gente detesta esa idea, así que hay que mantenerla en silencio.

No obstante, vamos encaminados en ese sentido: se conservarán formalmente los derechos políticos, pero quedarán pocos asuntos en los que participar, pues todo se traspasará al poder privado. Una gran parte de lo que actualmente se denomina globalización está orientada hacia ese objetivo. Además, en la medida, incluso, en que quede algún resto en el ámbito público, se aplicará, como es costumbre, la ideología imperante para que la población se mantenga al margen. Volviendo a las últimas elecciones de Estados Unidos: hay asuntos muy importantes para la gente, como, por ejemplo, la llamada globalización, que ocupan un lugar muy destacado entre sus intereses y que, sin embargo, no se mencionaron en las elecciones. ¿Cuál es la razón? que la población se halla en el lugar opuesto al que ocupa el mundo de los negocios. Cuestiones como ésa, por tanto, no pueden plantearse; y lo que se ejecuta es el orden del día del mundo empresarial.

Así pues, técnicamente la gente tiene derecho a votar, pero no hay manera de que sepa cuáles son los auténticos problemas, Veamos, por ejemplo, la cuestión de la zona americana de libre comercio. Su resolución se fijó, en realidad, para varios meses después de las elecciones. Los asuntos planteados allí, en la Cumbre de las Américas, eran sumamente importantes para la población, pero nunca se trataron en las elecciones. Y la razón es la misma: según ellos, la gente tiene una actitud errónea y, por tanto, esas cuestiones no se sacan a la palestra política. Así, los derechos políticos existen, en cierto sentido, pero la mayoría de la población sabe que no funcionan. Tal como he dicho, el 75 % de la población no pensaba siquiera que se estuvieran celebrando unas “verdaderas” elecciones.

Fuente universal del lenguaje

¿Sería utópico imaginar que todos los habitantes del planeta pudieran comunicarse en alguna especie de lengua común? Esa teoría se propuso para sentar las bases de un debate técnico sobre la posibilidad de, en gran parte, derivar ciertos principios del lenguaje de las propiedades generales propias de las leyes físicas y matemáticas.

El hecho de que las lenguas humanas tengan una base común no es ni siquiera un tema de debate; es, por supuesto, una realidad indudable. Si mi hija crece en Cataluña, aprenderá catalán. Tengo una nieta en Nicaragua; pues bien, su lengua es el español. Tengo otra en Boston, y su lengua es el inglés. Si se hubieran intercambiado al nacer, sería al revés. Por tanto, no están genéticamente programadas para aprender tal o cual lengua.

Para cada una de ellas, como para cualquier ser humano, la capacidad para el lenguaje -de hecho, la capacidad para el conocimiento- procede de unas características inherentes, de la misma manera que tener brazos, en lugar de alas como los insectos, depende de nuestra propia configuración [biológica]. Hay diferencias, y esas diferencias proceden de la experiencia; pero el grueso de nuestro conocimiento, de la significación, de la estructura, del sonido, forma, simplemente, parte de nuestra naturaleza, que es una naturaleza común.

En este sentido, los seres humanos son esencialmente idénticos. En realidad, la variación genética entre los humanos es sumamente reducida, sorprendentemente mínima. Partiendo de esa base,

se ha propuesto la hipótesis de que, probablemente, procedemos de un grupo reproductivo muy pequeño, una población, quizá, de unas decenas de miles de personas que pudo haberse formado hace 100.000 años. Por tanto, somos básicamente idénticos, también en lo que respecta a nuestra capacidad de lenguaje, fuente de una gran parte de nuestro conocimiento.

¿Tiene eso algo que ver con la comunicación en un lenguaje común? En absoluto. Es decir, que a pesar de que, si me hubiera criado en Kenia, hablaría swahili, no puedo entender ni una palabra de esa lengua. Las diferencias surgidas como resultado de la variación periférica hacen que la comunicación sea muy limitada o ininteligible. ¿Cómo podemos superar esa situación? Las posibilidades son muy numerosas; una de ellas, bastante común, consiste en aprender un segundo o un tercer idioma.

Las lenguas dominantes son un reflejo del poder. Volvemos, pues, a la cuestión de cómo van a funcionar las relaciones de poder en el siglo XXI. Si la deriva del poder mundial se dirige hacia Asia, las lenguas del mundo serán el chino o el hindi, el japonés o cualquier otro idioma.

Visión de una sociedad futura

En *Lenguaje y libertad* se expone que la “acción social estuvo animada por la visión de una sociedad futura”. Dentro de esta visión de futuro, siempre he estado animado, y creo que la gente debería estarlo también, por una visión esencialmente anarquista, en la que las estructuras jerárquicas se cuestionan y, si no son capaces de defender su legitimidad, se desmontan. Según esta visión, la gente se uniría basándose en la libre asociación y participación, bien en comunidades, bien en el puesto de trabajo o en cualquier otro sistema en el que quisieran participar. También se habrían de organizar otras interacciones de federación o participación. Se trataría de sociedades muy organizadas, pero sólo sobre la base de una participación auténticamente democrática [de igualdad] en todos sus puntos. Hay muchas maneras de poner en práctica los detalles de esa idea; en este sentido, España consiguió, de hecho, un nivel de libertad que no se ha visto nunca en ningún otro lugar. Incluso hoy tiene instituciones, como las cooperativas de Mondragón, que, aun siendo muy criticables, son, no obstante, únicas en el mundo y se mueven en esa dirección.

Bibliografía

Organización de las Naciones Unidas (ONU) (1948) "Declaración universal de los derechos humanos", París, ONU.

- 46 _____ Wintonick, Peter, Achbar, Mark (1992) "Manufacturing Consent: Noam Chomsky and the media", Canada (documental)
- Chomsky, Noam, Dallal, Alberto (1972) "Lenguaje y libertad", *Diálogos: Arte, Letras, Ciencias humanas*, Colegio de México, 8(4), 11-21